

DESDE LA ATALAYA

¡13 de octubre! Fecha luctuosa y gloriosa a la vez. Porque si la reacción cortó en ese día una vida consagrada por entero a laborar por la redención humana, esta misma vida, al ser tronchada, derramó su savia sobre el fértil terreno de la educación racionalista, que el mártir preparara con tanto amor. Y el árbol simbólico de la Escuela Moderna, encarnado en la persona de su gran iniciador, al ser cortado, no murió, como creían sus enemigos, sino que, abonado con el sacrificio del apóstol, dió vida exuberante a infinidad de robustos retoños que se multiplicaron por toda la tierra.

Así surgieron las escuelas que hoy están esparcidas por todas las latitudes, las cuales son universalmente aceptadas como las más perfectas en su orientación y métodos, para hacer de las inteligencias tiernas, hombres aptos para abrirse paso en medio de las vicisitudes de la vida, de inteligencia despejada y libre de prejuicios. Los descendientes de Loyola, viendo en el fundador de escuelas racionalistas a un enemigo terrible, que les minaba las posiciones por su misma base, maquinaron un plan diabólico y lograron eliminar a su formidable adversario. Pero el resultado fue contraproducente, pues, a pesar de poner todo su empeño en querer justificar el odioso crimen, lo único que consiguieron fue provocar las airadas protestas de todos los pueblos civilizados.

Y en verdad que la trama fue demasiado burda.

¡Acusar a Ferrer de criminal!

El, todo amor, todo bondad, que, desalentado por la ineficacia de las luchas políticas, quiso buscar derroteros más amplios para realizar su obra; él, que, perdida la esperanza de poder ver redimidas a las presentes generaciones, supo, escudriñando el porvenir, vislumbrar la aurora ansiada en las cabecitas rubias de la niñez. Y sintiéndose feliz con el descubrimiento, se entregó a él en cuerpo y alma. Y desde entonces se olvidó de las pasiones de los hombres, para dedicarse por entero al cultivo de aquellas almas de virginal pureza,

refugiándose en ellas como en un oasis de esperanza. Su crimen fue querer a sus semejantes con exceso.

Y la prueba del delito fue la niñez arrancada por él de las garras de la ignorancia.

Su amor a la infancia le perdió.

Y desde que inció su noble tarea estaba condenado a muerte.

Y él sabía que la amenaza se cumpliría. Pero no podía substraerse a la satisfacción de impartir su protección a aquellos cuerpitos tiernos, de almas candorosas, que necesitaban de su paternal solicitud el cuidado espiritual que sólo él había sabido prodigarles.

¡Oh, mártir de la religión del amor, inmolado en holocausto a la maldad de los hombres! Recibe de esta humanidad doliente, a la cual quisiste redimir, el homenaje del agradecimiento, y descansa tranquilo en la eternidad del no ser, pues en vida cumpliste con tu misión. La glorificación de tu memoria por las generaciones venideras será el premio de tu obra.

Ahora, debemos ser nosotros los continuadores de su interrumpida labor. Y, bebiendo en el manantial de su bondad, fundemos escuelas racionalistas donde los niños puedan aprender a ser justos, a ser buenos, a ser libres y útiles a sus semejantes.

El mejor homenaje a los desaparecidos es seguir sus enseñanzas.

Y él nos enseñó a querer a los niños.

Imitémosle.

Pero, ¿acaso hay alguien que no los quiera? ¿Quién no se siente subyugado por unos ojos ingenuos o un balbuceo inocente?

¡La infancia!

No hay palabra más dulce.

Al oír pronunciarla, tropel de mágicos recuerdos invade nuestras almas, eternamente románticas.

A su conjuro, ¡qué inefables remembranzas acuden a nuestra mente!

¡Cuántas ilusiones perdidas, cuántos sueños esfumados, cuántas esperanzas fallidas! ¡Cuántos proyectos fantásticos, forjados en las horas que la fantasía embria-

gaba nuestro espíritu, transportándonos a las regiones del ensueño, nos recuerda este nombre adorado!

Pero también, qué amarga, al par que tierna angustia, oprime nuestro pecho al evocar aquellos felices tiempos, que parecen menos imaginarios cuanto más lejos están.

¡Oh, la eterna añoranza de lo que fue!

Para sus padres, los niños son su consuelo, su esperanza, su orgullo; pero para nosotros, los que por hacer de la vida una lucha sin tregua, no hemos podido sentir la felicidad de un hogar formado, son esto y algo más.

Son nuestra religión, porque nos inspiran la fe que necesitamos para perseverar en la lucha. Son nuestro dios, porque sólo ellos son la fuente inagotable de toda bondad, a quien recurrimos para el consuelo de nuestras decepciones, y también porque ellos son los únicos dignos de ser adorados.

Son nuestro ideal, porque ellos realizarán nuestros sueños de fraternidad y armonía universales. Son, en fin, la humanidad futura, la humanidad libre y feliz, por cuyo advenimiento laboramos, y que sólo su perspectiva basta para amenguar nuestras penas y dulcificar nuestra azarosa existencia.

Pero si no hay nadie que no quiera a los niños, en cambio, hay muy pocos que sepan quererlos. ¡Cuántos padres, por no romper con la rutina, llevan a sus hijos a escuelas focos de prejuicios y embotadoras de inteligencias. Si supieran el perjuicio que les causan, seguramente no lo harían, pero lo hacen sin darse cuenta.

No basta querer a los niños. Es preciso saber quererlos.

Juan Tudó.

■ nuestros futuros subscriptores

Las personas que simpaticen con la labor que esta publicación va a emprender y deseen suscribirse, para contribuir, de este modo, a su sostenimiento, pueden mandar desde luego la orden de suscripción a nuestras oficinas, Moto-linía, 9, al Administrador, Eduardo Moneda.